



HAL
open science

Mi cuerpo, ...¿es mío? Una lectura de El cuerpo en que nací de Guadalupe Nettel

Marie-Agnès Palaisi

► **To cite this version:**

Marie-Agnès Palaisi. Mi cuerpo, ...¿es mío? Una lectura de El cuerpo en que nací de Guadalupe Nettel. Mare et martin. El cuerpo en juego, 2014. hal-03238012

HAL Id: hal-03238012

<https://hal.science/hal-03238012>

Submitted on 26 May 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

MI CUERPO... ¿ES MÍO? UNA LECTURA DE *EL CUERPO EN QUE NACÍ* DE GUADALUPE NETTEL

Marie-Agnès Palaisi-Robert
IRIEC
Université de Toulouse Le Mirail

Il nous faut, dans un monde où nous n'existons que passées sous silence, au propre dans la réalité sociale au figuré dans les livres, il nous faut donc, que cela nous plaise ou non, nous constituer nous-mêmes, sortir comme de nulle part, être nos propres légendes dans notre vie même, nous faire nous-mêmes êtres de chair aussi abstraites que des caractères de livre ou des images peintes"

Wittig, *Le Point de vue, universel ou particulier?*

Guadalupe Nettel (México, 1970) es, de la generación actual, una de las escritoras mexicanas más conocidas en Francia, quizás porque domine perfectamente el idioma después de haber vivido varios años aquí. Ya muchos de sus escritos están traducidos al francés y su última novela autobiográfica, *El cuerpo en que nací* (2011), transcurre entre México y París, durante los años que la llevaron a ser adulta. En una familia que hizo suyos los adelantos de la revolución sexual y que le ofrece a sus hijos experimentar nuevos modelos de educación, Nettel expresa sus angustias relativas a la ubicación social y se cuestiona sobre la libertad que tiene uno/una para tener un cuerpo suyo, ... si es que, de verdad, esto sea posible.

Esas preguntas que, para la adolescente, algunos días se vuelven inquietudes o angustias de perderse en sí misma/o, otros días angustias exquisitas de perderse en la otra/el otro, expresan la voluntad de deconstruir la metafísica de lo propio. El cuerpo no es más que un conjunto movedizo de representaciones también cambiantes. No existe solo. La fenomenología dio el paso decisivo para comprender que la intersubjetividad entre el yo y el otro/la otra era la experiencia imprescindible para llegar al dibujo del cuerpo propio, es decir de un cuerpo que se vuelve sujeto al mismo tiempo que objeto para otro sujeto, de manera no unívoca en el contexto de la experiencia.

Así, parto de la experiencia *merleau-pontiana* que me sirve para leer la autobiografía *El cuerpo en que nací* de Guadalupe Nettel. La narradora cuenta toda su infancia hasta terminada la adolescencia. Explica que tiene una mancha de nacimiento sobre la pupila del ojo derecho que le causó catarata y la obligó, además de un tratamiento diario, a llevar un parche en el ojo durante varios años. Sus padres y los médicos esperaban así forzar el ojo dolido al trabajo, para no causar estrabismo y darle a la protagonista una cara lo más común posible en caso de que, unos 15 años después, se le pudiera trasplantar la cornea.

Ese defecto del ojo hizo de ella un ser físicamente diferente, que no pudo, particularmente en su juventud, ni relacionarse con los demás ocultando ese defecto físico, ni aceptarse tal como era. Los médicos le dibujaron la posibilidad de volverla *normal* una vez terminado su crecimiento. Así, la historia de su vida nos permite reflexionar sobre tres puntos estrechamente vinculados entre sí:

– El papel de la ley de «ex-appropriation» derridiana en la construcción de una identidad que pasa por la relación entre el cuerpo utópico y verdadero en el caso de una persona enferma – lo cual agudiza esa relación que todos/as compartimos, de todas formas, que seamos sanos/as o enfermos/as.

– La interacción entre la normatividad de género y la materialidad de los cuerpos, en particular a partir de los cuerpos más evidentemente diferentes;

– a partir del paralelo entre el ser humano y el animal que se traba en la novela mediante las recurrentes y constantes comparaciones entre

el personaje de Guadalupe y los insectos trilobitas, se trata también del poder de la escritura, del cuerpo y de la experiencia como un conjunto considerado desde el concepto de *différance*, capaz de dejar huellas.

Guadalupe Nettel evidencia, en el relato de la lenta aceptación de su enfermedad y particularidad física, los papeles de tres tipos de juego de espejos: primero, entre la gente sana y enferma o tullida; segundo, entre los individuos, cuales quiera, en su singularidad, y los distintos géneros; tercero, entre los humanos y los animales. La niña que fue, no dejó de buscar compañeros/as en quienes se pudiera reconocer. Convocar a Derrida para volver a pensar las relaciones entre el yo y el otro/la otra permite una relectura, una deconstrucción, evidentemente, de la idea de lo propio en Heidegger y de la (inter)subjetividad *merleau-pontiana* que están en el centro de la pregunta que hacía en el título de este texto.

Guadalupe no tiene una mirada normal, su ojo no está fijo y tiene una mancha blanca de manera que, cuando la miramos a los ojos, no la podemos retener y, cuando se le fija el ojo, nos enfrentamos con lo vacío, sin encontrar reflejo. No pretendo que la mirada sea la única vía de acceso al otro/otra, sin embargo, la calidad de nuestra mirada influye sobre nuestra percepción del mundo (algunos/as tendrán el recuerdo de frases de Cixous sobre los efectos de su miopía)¹⁶⁴ y diré con Joan Scott, analizando la experiencia de Delany cuando entró por primera vez en un sauna y así *vio* la existencia de los homosexuales como comunidad,¹⁶⁵ entendiéndolo por fin su poder político, que «se adquiere conocimiento por la visión» y que para estar entendido/a (percibido/a), primero hay estar visto/a y, desde luego, ser visible.

En un primer tiempo, el porte del parche dividió el mundo de Guadalupe en dos temporalidades y dos espacios:

164. Remito al diálogo entre Marta Segarra, Hélène Cixous y Jacques Derrida relatado en *Lengua por venir/Langue à venir*, Marta Segarra (editora), Barcelona, Icaria editorial, 2004, pp. 35-38, en que la escritora habla de este « ver » del miope que siempre « esperanza de ver » y que sin embargo no deja de percibir al otro, a su modo.

165. Ver el capítulo dedicado a Joan Scott en Meri Torras, Carbonell, Neus, *Feminismos literarios*, Madrid, Arco/Libros, 1999.

El matinal, [cuando llevaba el parche], constituido sobre todo por sonidos y estímulos olfativos, pero también por los colores nebulosos, y el vespertino, siempre liberador y a la vez de una precisión apabullante [cuando a las 5, le quitaban el parche]. (Nettel, 2010: 13)

Ese tratamiento de largos años fue una disciplina que le causó «una sensación opresiva y de injusticia» (Nettel, 2010: 12), que a la vez puso distancia entre ella y los/as demás que veía borrosos/as, lo que causó extraña cercanía con el mundo que la rodeaba y que conocía perfectamente mediante sus otros sentidos. Entonces, esa diferencia la hizo apartarse de los grupos mayoritarios constituidos. Dice que «el problema no era el espacio sino los demás niños». Así se construye una dicotomía que bien pudiera desembocar sobre esquizofrenia ya que se oponen, de manera compleja y moviediza, un cuerpo utópico y un cuerpo verdadero en ella.¹⁶⁶ Guadalupe, protagonista narradora, es rehén en o de su propio cuerpo: para ella, el cuerpo utópico es el cuerpo de los otros/as niños/as, sanos/as, a pesar de que se imagine como ellos/as en algún sentido: dice «los demás» y no los «otros», pero sabiendo perfectamente que su cuerpo verdadero es distinto y que no había escondite o llanto que pudiera liberarla de aquel suplicio. Pero para los/as demás niños/as, su cuerpo enfermo, tapado por el parche, se convierte en la fuente de una imaginación sin fondo que le presta un cuerpo utópico monstruoso. El problema que le impidió a Guadalupe vivir en el presente durante los 15 primeros años de su vida, fue que sus padres, obligándola a tratamientos en expectativa de una operación que al final resultará imposible, no le daban la posibilidad de aceptarse como era y de coincidir con su cuerpo verdadero, que se volvía, desde luego, utópico. Después del veredicto final, a los 15 años, dirá:

166. Remito a la reflexión sobre el cuerpo que conduce Michel Foucault en *El cuerpo utópico*. Explica que el cuerpo es tanto tópico como utópico: «nadie puede escaparse de su cuerpo» es una expresión tanto verdadera como falsa porque, obviamente, tras la máscara, el tatuaje, el disfraz, el cuerpo puede salir de sí y en la medida en que es lo que me permite estar en contacto con el otro, el cuerpo siempre está en otro lugar. (Ver Foucault, 2007: 10-20).

En esa semana y media¹⁶⁷ tuvo lugar un cambio importante en mí aunque no fuera perceptible de manera inmediata. Mis ojos y mi visión siguieron siendo los mismos pero ahora miraban diferente. Por fin, después de un largo periplo, me decidí a habitar el cuerpo en el que había nacido, con todas sus particularidades. (Nettel, 2010: 195)

Entendemos que durante toda su niñez, vivió en un cuerpo ajeno, tanto para ella como para los otros; cuerpo utópico que le prestó su madre, un «cuerpo sin cuerpo» como dice Foucault, o que correspondía al cuerpo de todos esos niños y niñas que veían en ella un monstruo.

Esta relación complicada con los/as demás y consigo misma nos conduce a pensar el normativismo que se ejerce sobre los cuerpos y que no se puede disociar de un normativismo de género. Su madre y su abuela, en un principio, le decían marimacho, criticaban su porte, su manera de vestir y de encubrir cualquier redondez naciente, la obligaban a ponerse faldas, zapatos de mujeres, medias... etc. Cuando a ella, lo que le interesaba, como a su hermano, era el fútbol. Dedicó varias páginas explicando cómo logró finalmente convencer a su abuela de apoyarla para entrar en un equipo donde no la querían por ser mujer. Dice:

Argumenté que llevaba meses sin hacer otra cosa que jugar al fútbol y que, a pesar de mi género, nada me interesaba más en el mundo. (Nettel, 2010: 84)

Lo interesante es que jamás en la novela se habla de diferencia de sexo, sino de género. Ni una sola vez Nettel refiere al sexo como característica definitoria. Insiste mucho en que lo femenino sólo es una construcción normativa en la que no cabe, a pesar de que su diferencia no sea relativa a su sexo biológico. Creo que esa sustitución del sexo por el género subraya los constantes intentos suyos para borrar el cuerpo, salir fuera de él:

167. El tiempo en que los médicos tardaron para hacer los exámenes.

No acababa de asimilar las metamorfosis a las que se había *sometido* mi cuerpo. Mi ropa era anticuada y mi corte de pelo más parecido al de Spike Lee que al de Madonna (el modelo de belleza que seguían las chicas de mi clase). Usaba unos lentes de pasta enormes color rosa, hablaba francés con acento latino y tenía un *nombre impronunciable*, vagamente similar al de una isla francesa *perdida* en el Caribe. El efecto *corrector* del parche había dado resultados sobre todo en lo que se refiere al estrabismo. Gracias a él, durante casi diez años mis ojos *estuvieron alineados*. Sin embargo, cuando dejé de ponérmelo, el ojo se fue acostumbrando a *las delicias de la pereza* y, cada vez más anquilosado, se acercaba a la nariz con *una languidez* exasperante. *Obligarlo* al movimiento habría requerido que me tapara el ojo trabajador y, por lo tanto, que *me infligiera a mí misma* aquello que tanto detesté y *sufri* durante la primera infancia. Debía entonces elegir entre *la disciplina del suplicio* en aras de una normalidad física – que de todas formas jamás será absoluta – o la resignación. (...) Otra vez había vuelto a ser una outsider – si es que alguna vez había dejado de serlo¹⁶⁸. (Nettel, 2010: 117-118)

Hay que estar atento/a en esta cita a los campos lexicales que utiliza para describir la elección que se ofreció a ella. Se nota que los tratamientos para cambiarle el cuerpo, que aunque enfermo era suyo, los vivió como una tortura, una privación de libertad cuando dejar su ojo moverse por todos lados era delicia y placer. Su madre intentó encerrarla en una imagen de la mujer a la que Guadalupe no correspondía. La relación intersubjetiva que intentaba crear para que se construya su hija como se debía, se acercaba a una forma de esencialización del ser femenino y, finalmente, se mantuvo unívoca.

Guadalupe sólo buscó dejar de identificarse de ese modelo, sustituyéndole otros cuerpos con los que se vinculaba por una *différance*¹⁶⁹ y con los

168. Subrayo yo.

169. No sólo se trata de juntarse con jóvenes que, como ella tienen –o sufren de– una diferencia. Utilizando el concepto derridiano de « *différance* », llamo a la capacidad que tiene Guadalupe de dejar una huella con su propio construyendo con otros cuerpos fuera de la norma una fuerza capaz de modificar la norma. Lo veremos más adelante.

cuales podía entablar una relación intersubjetiva bi o plurívoca. Cuando, en Francia, traba amistad con Blaise y Sophie, dice:

Me sentía feliz de estar con ellos. Si por separado cada uno parecía un bicho en peligro de extinción, juntos formábamos un conjunto bastante poderoso. Como si nuestras características más extrañas: mi estrabismo, la estatura de Blaise y la cicatriz de Sophie, por mencionar algunas, fueran en realidad distintivos voluntarios como puede ser un pearking o un tatuaje. (Nettel, 2010: 155)

Con él y ella, se reconoce y puede coincidir con su cuerpo entero. Vuelve a conocer la particularidad de su cuerpo mediante el proceso de « ex-appropriation » de Derrida que se refiere a la constitución de lo propio, a la apropiación de sí mismo/a, de una identidad individual y colectiva que pasa por un recoveco, arriesgado pero necesario, en una expropiación constitutiva. Cada apropiación se da tras una expropiación, es decir gracias al reconocimiento de la circulación del otro en el corazón mismo de la identidad. Siempre, entonces, lo mismo está habitado por el otro, su huésped¹⁷⁰ o su rehén. Deconstruye la idea de lo propio para acercarse a lo que llamaría «una ipseidad compartida y política». Con esa expresión, quiero decir primero que rechazo la identidad como concepto definitorio del individuo porque la identidad remite a una esencia atemporal. Ahora bien, la postmodernidad puso fin definitivamente al sujeto universal sustuido por sujetos distintos y múltiples. La ipseidad, que es un concepto de Paul Ricoeur, insiste sobre el papel de la narración, del tiempo y del contexto en la construcción de un individuo.¹⁷¹ En ese sentido la uso preferentemente, porque pone de relieve al sujeto en tanto como saber situado con respecto a otros, con los cuales decide unirse para reivindicar un derecho de existir. Es el caso cuando la narradora cuenta que:

170. Por algo, una de las más famosas novellas de Nettel se titula: el *huésped* (2006). O sea que podríamos seguir esa reflexión aplicándola a gran parte de su obra, incluso al conjunto de cuentos *Pétalos y otras historias incómodas* en que cada cuento pone en escena personajes fuera de la norma (por su físico, su estatuto social, su manera de relacionarse con el otro, su salud, etc.)

171. Paul Ricoeur, 1985, *Temps et récit. 3. Le temps raconté*, Paris, Seuil, p. 443.

Le expliqué [a mi madre] para provocarla que a mí me gustaba mi aspecto de Cuasimodo y que quedarme con él era mi manera de oponerme al establishment. (Nettel, 2010: 190)

Así, se relaciona con seres que se le parecen, formando una banda de marginales, que siempre se quedan al margen de todo, en la periferia de la normalidad. La Guadalupe protagonista de la novela, logró oponerse a los intentos de normativismo esencialista y así, como lo dice Butler, desafió las normas. Hay en toda la narrativa de Nettel, este libro siendo uno de los mejores ejemplos, una constante comparación entre los animales y los seres humanos, de la que parte la posibilidad de reterritorializar las normas de género. La madre de Guadalupe no sólo quiso corregir su debilidad ocular, también:

adoptó como desafío personal la corrección de mi postura, a la que se refería con frecuencia con metáforas animales. De modo que, a partir de entonces, además de los ejercicios para fortalecer el ojo derecho, incorporaron a mi rutina diaria una serie de estiramiento para las piernas. Tanto parecía llamarle la atención esa tendencia mía al enconchamiento que terminó encontrando un apodo o «nombre de cariño» que, según ella, correspondía perfectamente a mi manera de caminar;

– ¡Cucaracha! endereza la espalda.

– ¡Cucaracha!, es hora de ponerse la atropina. (Nettel, 2010: 16)

¿Cómo un ser puede salir indemne de semejante tratamiento? Porque de alguna manera sí, es lo que le ocurrió: la protagonista explica cómo ese apodo le dio la respuesta para defenderse de las agresiones exteriores y delimitarse espacios-refugios propios:

En vez de jugar con los demás chicos en la plaza, pasaba las tardes en los tenderos de las azoteas a los que casi nadie subía. También prefería acceder a mi casa, situada en el quinto piso por la escalera del fondo y no por los ascensores donde uno podía quedar atrapado durante horas con algún vecino. En ese sentido – mucho más que en el aspecto físico – me asemejaba efectivamente a las cucarachas que generalmente caminan por los márgenes de las casas y los conductos subterráneos de los edificios. Es como si en algún

momento hubiera decidido construir una geografía alternativa, un territorio secreto dentro de la unidad por el cual pasear a mis anchas sin ser vista. (Nettel, 2010: 30)

Esa metáfora impuesta por la madre a su hija y que terminó por finalmente convocar una realidad de la que se apoderó Guadalupe, nos permite concluir sobre la manera cómo la experiencia puede llegar a quebrantar las normas.

La comparación con el animal la acerca a lo monstruoso. La cucaracha no es un animal con quien nos identificaríamos de inmediato. Tampoco lo son todos los insectos y distintos gusanos de su cuarto con los que después la muchacha crea una complicidad. Pero considerando con Butler (2006: 219) que «il semble que l'humain doive devenir étranger à lui-même, monstrueux-même, pour réinstaurer l'humain sur un autre plan», está claro que Guadalupe-cucaracha termina por asimilarse a la metáfora que la designaba, englobando en ella a otros, los trilobitas, que se crean, juntos, un espacio propio desde donde se vuelven a pensar las fronteras de lo humano. La materialidad de esos cuerpos diferentes desafía las normas e invita a pensarlas de nuevo. La actitud descrita corresponde al deber de reapropiación del lenguaje por los individuos oprimidos que explica Judith Butler.¹⁷² Sólo mediante esa reutilización de los términos a través de los cuales un individuo está definido por otro, es que se logra ocupar un espacio del que se había sido excluido. Sólo así el cuerpo deja de ser utópico. Cuando la madre de Guadalupe la asimila a una cucaracha, significa que, para ella, la materialidad de las normas corporales ha fallido con su hija. La madre no reconoce al cuerpo de su hija como posible de vivir/existir. Pero cuando Guadalupe crea el orden de los trilobitas como modo de rebelión en contra del *establishment*, propone una práctica de resignificación que permite reiterar las normas desde una *différance*. De hecho, parece claro que, en ningún caso, las normas remiten a un orden anterior, preestablecido, natural y ontológicamente previo. Para Butler esto es lo que proponen las teorías y prácticas *queer*. En Nettel, lo monstruoso surge de lo animal, desde donde se vuelven a pensar las fronteras

172. Judith Butler, 2004, *Le pouvoir des mots. Politique du performatif*, Paris, Ed. Amsterdam.

ontológicas del ser, y de la vida. Creo que estamos aquí considerando el poder del cuerpo sobre las normas; pero el cuerpo, tal como la experiencia y la vida, hay que volverlas a pensar desde lo que Derrida llama la *archi-écriture*,¹⁷³ y considerarlas pues como escrituras, huellas, *différance*. No significa que la escritura sea previa a la vida, sino que la vida, el cuerpo y la experiencia han dejado huellas que marcan e inscriben una *différance* que cuando se reitera, se repite, con desviaciones y dilaciones, e inevitablemente modifica las normas. El personaje de Guadalupe da poder a los trilobitas cuando los escribe. Así, cuando se escribe con ellos, crea un orden nuevo en que comparte un espacio desde el cual es posible redefinir las normas sociales, mediante un vaivén constante del cuerpo de un lado al otro de la normalidad.

Terminaré apuntando que un texto, como un cuerpo, nunca es nuestro y en éste circulamos todos/as entre huellas de Derrida, de Foucault, de Butler, de Ricoeur y de Nettel. Sin lugar a dudas, si ni mi cuerpo ni mi texto son míos, queda claro que un cuerpo es un texto que se inscribe en el mundo, tejiendo vínculos con los otros cuerpos-textos que lo ven y que así es como se va modificando el equilibrio entre el centro y los márgenes.

«El cuerpo en que nacimos no es el mismo en el que dejamos el mundo» dice Nettel al final del libro. Todos/as tenemos varios cuerpos ubicados en varios espacios y tiempos. Porque somos ese cuerpo de la primera de forros,¹⁷⁴ fotografiado por Francesca Woodman, que se funde en la pared: así le da volumen y plasticidad de la misma manera que con el papel pintado, el cuerpo se oculta en parte (imposibilitando algunas representaciones) y se adentra, se funde en la pared que lo fija y, de hecho, se vuelve parte de él. Se *ve* que, tanto el cuerpo como la pared, son huellas que marcan en el/la otro/a, y los espacios normalmente bien delimitados

173. En contra de la filosofía tradicional, para Derrida la escritura precede la palabra viva. Es la condición de todo lenguaje: es la « *archi-écriture* ». Porque el lenguaje es un juego de diferencias en el sentido en que la escritura es repetición, ausencia y espacio entre dos lugares distintos. La « *archi-écriture* » es lo que permite que exista la « *différance* ». Ésta crea un movimiento, un retraso que establece un orden nuevo.

174. Me refiero a la foto de portada de la primera edición de Anagrama que es de francesca Woodman, 1976, « *From space 2* », Providence, Rhode Island.

entre los seres y las cosas, en Woodman, se traspasan siempre. Para mí, esta foto es metáfora de la escritura –de la archi-écriture– y de la capacidad que tiene cada cuerpo-texto, desde su propia experiencia, para desdibujar los límites. Con Woodman y con la narrativa de Nettel, nunca estamos muy lejos de una estética fantástica que se fundamenta en la incertidumbre y la transgresión, dos espacios imprescindibles para que el ser adquiriera cuerpo propio, o mejor dicho cuerpos propios.

Bibliografía

BUTLER, Judith, *Le pouvoir des mots. Politique du performatif*, Paris, Ed. Amsterdam, 2004.

_____, *Défaire le genre*, Paris, Amsterdam, 2006.

CARBONELL, Neus y Meri TORRAS, *Feminismos literarios*, Madrid, Arco/Libros, 1999.

DERRIDA, Jacques, *De la grammatologie*, Minuit, Paris, 1967.

_____, *L'écriture et la différence*, Seuil, Paris, 1967.

NETTEL, Guadalupe, *El cuerpo en que nació*, Barcelona, Anagrama, 2011.

_____, *Pétalos y otras historias incómodas*, Barcelona, Anagrama, 2008.

_____, *El huésped*, Barcelona, Anagrama, 2006.

RICOEUR, Paul, *Temps et récit. 3. Le temps raconté*, Paris, Seuil, 1985.

SEGARRA, Marta (ed.), 2004, *Lengua por venir/Langue à venir*, Barcelona, Icaria, 2004.